

Reyes “descubre” Cuernavaca en 1913, pero es hasta el otoño de 1947 cuando empieza a realizar con cierta frecuencia el viaje a la “breve distancia de un suspiro” de la ciudad de México. Busca un lugar aislado para trabajar en su obra personal, y un clima y altura más adecuados para la dolencia cardíaca que padece desde 1944. Encuentra en Cuernavaca “la tibieza vegetal donde se hamaca, el ser en filosófica medida”. Y estas pausas de libertad ontológica y esparcimiento metafísico le permiten tomar distancia de los ajetreos burocráticos derivados de sus múltiples responsabilidades como presidente de El Colegio de México, miembro fundador de El Colegio Nacional, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM y miembro numerario en la Academia Mexicana de la Lengua, de la que será su director de 1957 hasta el día de su muerte, el 27 de diciembre de 1959.

Braulio Hornedo Rocha

HOMERO EN CUERNAVACA



ALFONSO REYES



Alfonso Reyes

Homero en Cuernavaca

y otros textos

Prólogo

Braulio Hornedo Rocha

Marco Adame Castillo
Gobernador Constitucional del Estado de Morelos
Martha Ketchum Mejía
Directora General del Instituto de Cultura de Morelos
Irma Catalán Reyna
Encargada de Despacho de la Dirección Administrativa
José Enrique Tron de la Concha
Director Operativo
Ángel Cuevas
Coordinador Editorial



Instituto de Cultura de Morelos

Cuernavaca, 2009

Colección: La Sombra del Viajero
Serie: Literatura

Fotografía de la portada: Alfonso Reyes. *Iconografía*, 1956.

Primera edición de *Homero en Cuernavaca*:
México, FCE, Tezontle, 1952;
de “Érase un perro” y “Divagación de otoño en Cuernavaca”, *Obras completas*, t.xxii, FCE, 1989;
y de “Cuernavaca”, *Obras completas*, t.xxiii, FCE, 1989

Diseño editorial: Víctor Elizondo

Derechos reservados

© Por los textos y las fotografías, Alicia Reyes
© Por las ediciones anteriores, Fondo de Cultura Económica
© 2009 Del prólogo, Braulio Hornedo Rocha
© 2009 Por esta edición, Instituto de Cultura de Morelos
Av. Morelos 271, Jardín Borda
62000 Centro, Cuernavaca, Morelos
www.institutodeculturademorelos.gob.mx

ISBN: 978-607-7773-04-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in México



PRESENTACIÓN

Seguramente, desde antes de la Conquista, por su clima paradisíaco y su fertilidad, los territorios ahora morelenses eran frecuentados por los pobladores de otros señoríos, quienes –al igual que los españoles a su llegada– habrán quedado maravillados: “Nos fuimos luego camino de Guaxtepeque, adonde está la huerta mejor que había visto en toda mi vida...”, afirma el cronista Bernal Díaz del Castillo. Así, a lo largo de los siglos, se ha venido conformando una larga lista de viajeros célebres, nacionales y extranjeros, que han convertido a Morelos, principalmente a Cuernavaca, en un territorio cosmopolita, una meca cultural y, para muchos artistas y escritores, una tierra espiritual idónea para la creatividad.

El escritor extranjero “morelense” por antonomasia es Malcolm Lowry. Poemas como “Treinta y cinco mezcales en Cuautla” y otros incluidos en *Un trueno sobre el Popocatepetl*; su famosa novela *Bajo el volcán*, que se ha vuelto emblemática para Morelos, y el relato homónimo –escrito unos diez años antes que la novela– dan cuenta de ello. El escritor mexicano más apasionado por Morelos es el ilustre regiomontano Alfonso Reyes. Los 30 sonetos que conforman *Homero en Cuernavaca*, los textos en prosa y las fotografías que aquí incluimos representan una muestra significativa del arduo trabajo literario realizado por Reyes durante sus estancias en Cuernavaca.

Mediante esta edición, por una parte, rendimos un merecido homenaje, en el marco del cxx aniversario de su natalicio (17 de mayo de 1889) y del lx aniversario de la publicación de *Homero en Cuernavaca* (*Ábside*, 1948-1949), al gran hombre que nos honró con su presencia y que inmortalizó en sus versos al “dulce retiro” que para muchos, al igual que para don Alfonso, significa Cuernavaca; por otra parte, reanudamos la colección inaugurada en 2006 con la reedición de *Bajo el volcán* (IEDEM-ICM), el cuento, a la que ahora hemos nombrado

“La Sombra del Viajero”, para dar a conocer en Morelos pequeñas grandes obras de aquellos autores que –como Reyes o Lowry– han visitado nuestro estado y escrito en él o a partir de él.

Agradecemos a la doctora Alicia Reyes su generosidad desinteresada y al Fondo de Cultura Económica el gran apoyo que nos ha brindado, al autorizarnos ambos la publicación de los materiales incluidos en esta edición conmemorativa que dejamos ahora en manos del lector para que, a través de este libro, al igual que Alfonso Reyes, conozca un “lugar apetecible para el que quiere estar a solas ante la naturaleza, leer en voz alta, hablar consigo mismo...”

Martha Ketchum Mejía
Directora General del ICM
Mayo de 2009

PRÓLOGO

Reyes en Cuernavaca

BRAULIO HORNEDO ROCHA

*Para Gabriel Zaid, quien hace más de
20 años me “presentó” a don Alfonso*

I. El sinfónico trinar de las urracas en su vespertina algarabía

No podemos ni necesitamos distinguir entre la vida y la obra de Alfonso Reyes. ¿Acaso él mismo no lo dejó claramente establecido en una breve “justificación” al final de su *Constancia poética*: “Quiero que la literatura sea una cabal explicitación, y, por mi parte, no distingo entre mi vida y mis letras. ¿No dijo Goethe: ‘*Todas mis obras son fragmentos de una confesión general*’? Con lo único que no transijo es con el mal oficio, con la técnica deficiente.”¹

Es tan abundante, variada y hasta intimidante la obra del polígrafo regiomontano Alfonso Reyes que inevitablemente llega a desalentar hasta a los más valientes lectores de verdad, por no mencionar siquiera a los muchos de pacotilla que sólo llegan a leerlo de oídas. La primera vez que nos planteamos el intento de leerlo surge la pregunta ineludible: ¿por dónde empezar? Los veintiséis gruesos volúmenes donde se agrupan las 13,404 páginas que componen la edición de sus *Obras completas* en el Fondo de Cultura Económica, nos confirman

plenamente ese acierto de Octavio Paz al señalar que los libros de Alfonso Reyes, no sólo son una obra, sino que realmente representan toda una literatura.

Ensayo; narrativa; crítica, teoría e historia literaria; filosofía; divulgación de la ciencia; memorias; dramaturgia y poesía, son algunos de los caudalosos afluentes que desembocan en la mar de la “literatura alfonsina”.

Su curiosidad intelectual lo abarca casi todo: desde la “Crítica en la edad ateniense”, hasta la poética en la obra de José Martí bajo la perspectiva de la mecánica cuántica. Lo mismo cultiva la recreación (que no sólo traducción) de *La Iliada* de Homero, o de Chesterton, o Stevenson, que reflexiona creativamente sobre la mezcalina, los garbanzos, el infinito, el cine, la radio, la servidumbre voluntaria o la teoría matemática de la información y los límites de la física. “Todo lo sabemos entre todos” era una frase que gustaba de repetir, pero creo que sobre todo, le gustaba encarnarla con su infatigable ejemplo. Octavio Paz lo recuerda así, poco después de enterarse de su muerte:

Curiosidad y prudencia: todos los días descubrimos que aún nos falta algo por saber y que, si es cierto que todo ha sido pensado, también lo es que nada se ha pensado. Nadie tiene la última palabra. Es fácil darse cuenta de las ventajas y riesgos de una actitud semejante. Por una parte, irrita a los espíritus categóricos, que tienen la verdad en el puño; por la otra, el exceso de saber a veces nos vuelve tímidos y nos quita confianza en nuestros impulsos espontáneos. A Reyes la erudición no lo paralizó porque se defendió con un arma invencible: el humor. Reírse de sí mismo, reírse de su propio saber, es una manera de aligerarse de peso...

Tachado de tibieza en la vida pública, algunos señalan que en ocasiones su carácter no estuvo a la altura de su talento y de las circunstancias. Es verdad. Pero si es cierto que a veces calló, también lo es que nunca gritó como muchos de sus contemporáneos. Si no sufrió persecución, tampoco persiguió a nadie. No fue hombre de partido; no lo fascinó el número ni la fuerza; no creyó en los jefes; no publicó adhesiones ruidosas; no renegó de su pasado, de su pensamiento y de su obra; no se confesó: no practicó la “autocrítica”; no se convirtió. Y así, sus decisiones y hasta sus debilida-

des, porque las tuvo, se convirtieron en fortaleza y alimentaron su libertad. Este hombre tolerante y afable vivió y murió como un heterodoxo, fuera de todas las iglesias y partidos.²

Reyes “descubre” Cuernavaca en 1943, pero es hasta el otoño de 1947 cuando empieza a realizar con cierta frecuencia el viaje a la “breve distancia de un suspiro” de la ciudad de México. Busca un lugar aislado para trabajar en su obra personal, y un clima y altura más adecuados para la dolencia cardíaca que padece desde 1944. Encuentra en Cuernavaca “la tibieza vegetal donde se hamaca / el ser en filosófica medida”. Y estas pausas de libertad ontológica y esparcimiento metafísico le permiten tomar distancia de los ajetreos burocráticos derivados de sus múltiples responsabilidades como presidente de El Colegio de México, miembro fundador de El Colegio Nacional, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM y miembro numerario en la Academia Mexicana de la Lengua, de la que será su director de 1957 hasta el día de su muerte, el 27 de diciembre de 1959.

Alfonso y Manuela se hospedan las primeras ocasiones que visitan Cuernavaca en el Hotel Chulavista y posteriormente se aficianan más al Hotel Marik, donde llegan a tener un cuarto aislado y preferido. Manuela se desanima pronto del calor y de los aburridos días cuernavaquenses, mientras que Alfonso por el contrario se anima cada vez más a pasar en Cuernavaca el mayor tiempo posible, sobre todo cuando se topa con el hallazgo de las hermosas y jóvenes bañistas que frecuentan la alberca del hotel Marik y le alegran la estancia, pero sobre todo, remozan el maltrecho corazón del poeta. Una de ellas, quizá, dio pie a la composición de un hermoso soneto incluido en esta edición de *Homero en Cuernavaca* titulado: “Entreacto: A una Afrodita núbil”, que el poeta remata con este par de nostálgicos tercetos:

A quien ya no presume de galano
y empieza a descender al precipicio,
otórgale la prez del veterano

que con razón rehusas al novicio:
déjame que te tome de la mano
mientras con la mirada te acaricio.

El Chulavista y el Marik estaban en el centro de la ciudad de Cuernavaca, en estas varias plazas contiguas que conforman una traza excéntrica donde la catedral, el palacio de gobierno y el palacio de Cortés crean un centro urbano descentralizado con una traza única en su tipo, allí, desde su cuarto favorito, el “93”, contempla las “indostánicas pagodas tepoztecas” como si fueran monumentales escenografías de “óperas wagnerianas”, teniendo el volcán Popocatepétl como un imponente recordatorio del cercano Olimpo. El propio Reyes rememora su estancia en el Marik mediante un relato, titulado “Cuernavaca” e incluido en esta edición. Cito este breve fragmento como una invitación al lector a disfrutar completa esta narración en la que se dibuja con elegancia la Cuernavaca de mediados del siglo xx:

—De momento no hay más que el 93 —le dijeron—. Es un cuarto pequeño como una celda, pero aislado por pasadizos y terrazas, con mucha luz y vistas al campo.

—Pues me quedo con el 93.

Y la casualidad resultó ser la elección más sabia, porque el 93 no dejaba nada que desear. El hotel todo era un acierto del desorden. En vez de ese aire de penitenciaría, con células distribuidas en crujías simétricas, que suelen tener los hoteles trazados según las reglas [...] éste había sido construido sin plan, por aditamento sucesivo de pisos, cuartos y pabellones, de suerte que ofrecía constantes sorpresas y cada departamento tenía su atractivo propio y era diferente a los demás [...]

El hotel es un inmenso barco irregular montado en una ola de tierra y en la proa, el 93 se adelanta, alto y solitario, como camarote del capitán junto al puente de comando. Lugar apetecible para el que quiere estar a solas ante la naturaleza, leer en voz alta, hablar consigo mismo. Y con sólo descender, ya estamos de nuevo entre la fauna humana, entre las mesas de la galería que se extiende por la fachada, entre las maletas y los viajeros, los mendigos y los vendedores ambulantes de sarapes, brazaletes y baratijas. El nombre del hotel Marik, nos recuerda que el viejo

escandinavo Erik —gran aficionado a las orquídeas y coleccionista de pinturas— se enamoró de la negra Mary y fundió en uno los dos nombres, así como quiso fundir las dos sangres...³

Reyes se ocupa en ese año (1947) y el siguiente, desde su camarote de capitán del Marik, en su recreación o traslado, que no sólo llana traducción, de *La Ilíada* de Homero, vertiendo el modelo original del griego antiguo compuesto en hexámetros al español en versos alejandrinos (verso de catorce sílabas, dividido en dos hemistiquios, rimados y pareados casi siempre), pero don Alfonso piensa sobre todo en el lector común y corriente para quien las traducciones eruditas definitivamente lo espantan y hasta terminan ahuyentándolo. Reyes trabajó como un verdadero editor cómplice de Homero, ocupándose realmente en volverlo asequible, en hacerlo legible a los lectores contemporáneos, que si bien están distantes en el tiempo y la geografía, también permanecen cercanos en la temática de perenne y universal actualidad: las locuras del amor y de la guerra.

Esta tarea que “Dios le manda” es un ambicioso y desmesurado proyecto que, como diría su admirado Goethe, sólo un “*epipoeta*” de su talla podría emprender. Ya el sólo hecho de “transportar el verso homérico a las lenguas vivas es más difícil que encerrar al genio en la botella” y si a esto le agregamos el hacerlo con una métrica y un ritmo derivados de la rima castellana, entonces sí, la tarea parece poco menos que imposible, aún para un equipo numeroso de especialistas con becas y presupuestos millonarios como se estila en las universidades hoy en día. Qué decir entonces de un solo poeta y por su cuenta, en sus escasos ratos de ocio creador, para realizar una tarea descomunal.

Entre el verano y el otoño de 1948 podemos encontrar las siguientes entradas en su diario inédito que reflejan a detalle la dinámica del día a día en Cuernavaca, gracias a la selección realizada por don José Luis Martínez⁴ quien lo visitó en tres o cuatro ocasiones ese año y que rememoró a detalle y con ingeniosa gracia

durante su conferencia titulada: "Recuerdos de don Alfonso en Cuernavaca", impartida el viernes 7 de abril en la sala Manuel M. Ponce del Jardín Borda en el año 2000. La otra fuente de estas citas del *Diario*, son los resúmenes por grupos de días hechos por Ernesto Mejía Sánchez en el Estudio preliminar al tomo XIX de las *Obras completas*, tomo que tuvo a su cuidado editorial.

"Trabajo mucho en Homero... Me ha dado por traducir la *Iliada*. Voy en [la Rapsodia] I, [verso] 200 en tres días... Sigo con Homero [...] Ya acabé mi traducción del Canto I de la *Iliada* en versos alejandrinos", se lee en el *Diario*, entradas del 29 y 30 de julio y del 3 y 21 de agosto de 1948, respectivamente (vol. 10, fols. 162-164). "Sigo mi traducción de la *Iliada*... con Homero y sonetos *Homero en Cuernavaca*. Gran trabajo... Mandé a [Gabriel] Méndez Plancarte, *Ábside*, 12 sonetos de *Homero en Cuernavaca*. Gran salud, gran trabajo... Voy en el verso 750 de la Rap[sodia] II. Me falta un centenar para acabar esta Rapsodia. Es la más dura, por los catálogos de tropas. No la tradujo por eso Lugones. Inauguro lectura de *Junta de sombras* llamándole *Momentos e imágenes de Grecia* en El Colegio Nacional" (4, 8 y 30 de septiembre de 1948; vol. 10, fols. 165-167).

México, sábado 21 de agosto.

Desde la mañana preparado para Cuernavaca, bien cargado de libros para trabajar. Dejo a José Luis Martínez para el Colegio Nacional que ha de imprimir el texto de *Junta de Sombras*. Acabé mi traducción del canto primero de la *Iliada* en versos alejandrinos...

México, 4 de septiembre.

Varios días en Cuernavaca. Acabé lectura y análisis de la *Iliada* para futuro curso. Sigo mi traducción de la *Iliada*, hice más páginas para *Todo* —se refiere a la revista *Todo*— sobre la infancia de Horacio. Insípido fin de semana en el Chulavista, Cuernavaca, con Isabel —debe ser Isabel Henríquez Ureña— socio y Orfila, ambos.

México, jueves 9 de septiembre.

Encerrado con la *Iliada*, voy en el verso setecientos cincuenta de la rapsodia uno, me falta un centenar para acabar esa rapsodia, la más dura por los catálogos de tropas, no lo

tradujo por eso Lugones. Inauguro lectura de *Junta de sombras*, llamándole *Momentos e imágenes de Grecia* en El Colegio Nacional, salón Sor Juana.

México, jueves 30 de septiembre.

Sigo en Cuernavaca con Homero, *Iliada* y otros trabajos, vuelvo a mi cátedra y al banco cada ocho días, mandé a Méndez Plancarte, *Ábside*, doce sonetos de *Homero en Cuernavaca* —donde se publicaron por primera vez, es la tercera parte del librito este—. Hoy dio a luz Norma Ruiz de Benjamín, gerente del Chulavista, hubo operación complicada.

El mes de octubre de 1948 lo pasa entre Cuernavaca y México, entregado a la misma labor: "Llegué ayer [a Cuernavaca] a las 2 p. m. Entre las 4 p. m. y hoy a igual hora, adelanto 140 versos de la segunda Rapsodia de la *Iliada*... Ya voy en el verso 325 de la *Iliada*... Encerrado en mi [cuarto] 221 [del Hotel Chulavista de Cuernavaca]... acabé ¡en rima! las dos primeras Rapsodias de la *Iliada* [...] He hecho unos 115 versos de la IIIª Rapsodia de la *Iliada*... [En Cuernavaca] adelanté un poco con mi *Iliada*. Hoy estoy ya en el telar a las 6½ a. m... Ayer acabé en Cuernavaca, a la 1½ p. m., la traducción de la 3ª Rapsodia de la *Iliada*" (2, 5, 7, 13, 14, 19, 23 y 28 de octubre; vol. 10, fols. 168-170).

Cuernavaca, sábado 2 de octubre.

Llegué ayer a las dos, entre las cuatro y hoy, y a igual hora, adelanto ciento cuarenta versos de la segunda rapsodia de la *Iliada*.

Cuernavaca, martes 5 de octubre.

Ya voy en el verso 325 de la *Iliada*, no he podido trabajar toda la mañana, apareció la loca de Silviña con sus historias.

Cuernavaca, miércoles 13 de octubre.

El lunes en la mañana regresó Manuelita, viene y va la gente, encerrado en mi doscientos veintiuno —su cuarto— hice el séptimo artículo de Horacio para *Todo* y esa misma tarde acabé, *en rima*, las dos primeras rapsodias de la *Iliada*.

Cuernavaca, viernes 15 de octubre, 48.

Ya estoy aquí, en la tarea que Dios me manda. He hecho unos ciento quince versos de la tercera Rapsodia de la *Iliada*,

he preparado artículo octavo sobre Horacio, *Vida en Roma* (para la revista *Todo*). Lolita del Río que estaba escondida en el hotel sin ver a nadie, salió de su catarro y vino a visitarme hoy de tarde, le di cortesía.

De esta manera sosegada pasa don Alfonso el viernes 15 de octubre por la tarde, dándole su “cortesía” nada menos que a Dolores del Río para terminar de curarla de su catarrito y todo esto por mandato del mismísimo Dios. Entre septiembre y noviembre del año 1948, Alfonso Reyes escribe en sus cada vez más frecuentes y alternadas estancias en el hotel Chulavista y en el Marik (como para descansar haciendo adobes, dice el nunca mejor aplicado refrán), escribe, pues, una serie de sonetos a manera de divertimento “prosaico, burlesco y sentimental, ocio o entretenimiento al margen de la *Iliada*”. Recrea entre humorista y erudito en ingeniosos versos, usando algunos de los personajes de la saga griega, pero instalándolos en Cuernavaca. Publica la primera versión de lo que será su *Homero en Cuernavaca* al año siguiente (1949) en la revista *Ábside* y dedica esta publicación al editor de la misma, “el sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote...”⁵, el padre Gabriel Méndez Plancarte, a quien Reyes apreciaba mucho por una estrecha amistad literaria y enigmáticamente también espiritual. Y digo enigmática porque es de hacerse notar como bien señala su colega y paisano Gabriel Zaid que:

Nada parece más ajeno a la obra de Reyes que el espíritu religioso. Su herencia liberal (y hasta masónica: su padre, como casi todos los hombres del poder entonces, era importante en la masonería); su afición de Grecia, de Goethe, de la Francia libertina; su gusto por la vida, su optimismo, su olímpica sonrisa (que vuela sobre el mal, en vez de sumergirse en la conciencia desgarrada) parecen indiferentes a la fe, la duda, la negación.⁶

II. *Homero en Cuernavaca*

Este librito, divertimento del ocio creador, se inicia con un par de sonetos en homenaje a la ciudad anfitriona que tanto bien le supone en salud para su cansado cuerpo y en sosiego para su atribulado corazón. La ciudad de Cuernavaca que no es ni campo ni ciudad, cima ni hondura, pero que comparte los atributos de ambas antinomias. Tibieza vegetal en la que se hamaca el espíritu, trazando al mecerse sobre las barrancas, la forma de ser del Ser de este lúdico Homero en Cuernavaca, cosmopolita y provinciano, que nos enseñó con el ejemplo de su obra que: “la única manera de ser provechosamente nacional, consiste en ser generosamente universal”. Don Alfonso, quizá en la carretera, rumbo a Cuernavaca tarareaba sus canciones francesas, mientras mentalmente iba urdiendo endecasílabos:

A Cuernavaca voy, dulce retiro
cuando, por veleidad o desaliento,
cedo al afán de interrumpir el cuento
y dar a mi relato algún respiro.

Este entretenimiento poético de Reyes lo lleva a extrapolar juguetonamente los personajes, las peripecias y los sucesos homéricos relocalizados en su Atenas cuernavaquense, y como menesteroso ejemplo citaré los dos últimos tercetos de otro soneto en el que nuestro Homero pone en labios de Briseida llorosa, en un fantasmagórico diálogo con Patroclo, una posible fórmula de solución a su conflicto, para ella, claro, la más conveniente; el soneto se llama “Llanto de Briseida”:

Mi dueño el otro, tú mi confidente,
comprendías que soy viuda en resaca
y que, para mi bien, más conveniente

que mover tanto ruido y alharaca
es que Aquiles hiciera lo decente,
casándose conmigo en Cuernavaca.⁷

Reyes sabía reírse de su propia erudición pues mientras resuelve en burlas veras un conflicto sentimental y político militar que involucra a varios de los personajes homéricos, intenta y logra al mismo tiempo la inusual rima al proponer casar a Briseida con Aquiles en Cuernavaca en el último terceto. De finales de 1948 hasta fines de 1949 encontramos abundantes referencias en el diario de don Alfonso sobre “la agonía y el éxtasis” que supuso el fatigoso trabajo de recrear él solo *La Ilíada*, hazaña singularísima que a semejanza de las de Héctor, Aquiles o Diomedes me llevan a calificarla como la aristía de Alfonso Reyes en Cuernavaca.

En los meses de noviembre y diciembre comienza a resentirse del trabajo, pero sigue con igual ánimo: “Y un poco, Homero... Aunque perezoso, hice por la tarde unos 40 versos de la *Ilíada*... Voy a media Rapsodia IV. Ayer, enfermo y todo... Comienzo a copiar mi *Ilíada*... Comencé la Rapsodia V, *Ilíada*... y sigo, entre jaquecas, con la *Ilíada*... Buen día de trabajo. Copio Rapsodia I, *Ilíada*, y sigo traduciendo la V... Sigo con la Rapsodia V. Acabo a máquina Rapsodia I y sus notas. Corrijo el prólogo de la traducción... Enjaquecado, pero pegado a mi *Ilíada*... Acabé [de] copiar [la] 2ª Rapsodia [de la] *Ilíada* tal vez la más dura... Muy débil. Trabajo duro índice y notas y, a la madrugada... Trabajando con la *Ilíada*. Voy a media Rapsodia V... Trabajando como un león en la *Ilíada*... A las 4½ p. m., acabé de un borrón la traducción de la Vª Rapsodia de la *Ilíada*... En limpio, el prólogo de mi traducción de la *Ilíada*. Las V primeras rapsodias, entre Cuernavaca y México, del 29 de junio al 13 de diciembre de 1948” (1, 3, 9, 17, 18, 19, 21, 25, 26 y 27 de noviembre, y 2, 13 y 14 de diciembre; vol. 10, fols. 170-176).

La Navidad de 1948 y el Año Nuevo de 1949 sorprendieron a Reyes con “la mitad de la VIª Rapsodia” en el telar, como él decía. Apenas pasadas las fiestas, lo encontramos de nuevo en la tarea: “Sigo la Rapsodia VI de la *Ilíada*. Ya voy a abordar los adioses de Héctor y Andrómaca [versos 381-528]... Anoche [8 de enero], a las 12 de media noche, acabé la VIª Rapsodia de la *Ilíada*. Es la primera etapa.

Publicaré con esto el primer libro. Estoy copiando... De noche, cena conmigo el P. Gabriel Méndez Plancarte y me trae 50 ejemplares [de la] tirada aparte de mis sonetos *Homero en Cuernavaca*, preciosamente impresos... Copiando mi traducción [de la] *Ilíada*. Ando terminando copia [de la] Rapsodia V... Copiando mi *Ilíada*. Sólo me falta ya la Rapsodia VIª... Voy a más de ½ Rapsodia VII [de la] *Ilíada* en traducción [...] Hoy a las 2 p. m. acabé la copia de las VI Rapsodias de la *Ilíada*, por mí traducidas, que ya anuncié a la Universidad, donde me han ofrecido publicación, y la han solicitado [...] Leo de tarde fragmentos de mi *Ilíada* a Agustín Yáñez, Abate [González de] Mendoza, Paco Giner [de los Ríos], [José Rojas] Garcidueñas y Joaquín D[íez] Canedo... A la 1 p. m. acabé la traducción de la Rapsodia VII de la *Ilíada*... Llevo un centenar de versos de la Rapsodia VIII de la *Ilíada*. De tarde, y hasta la medianoche, viene Fernando Benítez que me hace leerle muchos inéditos, y me trae el suplemento literario de *Novedades*, precioso, sobre Grecia, del próximo 27 de febrero, con mi *Presentación de Grecia* y mi fragmento homérico...” (4, 9 y 16 de enero, y 4, 10, 11, 13, 15, 16, 17, 20, 22 y 24 de febrero de 1949; vol. 10, fols. 180-186)...

Los altibajos de la salud lo obligaron a suspender la traducción, cuyas seis primeras rapsodias ya tenían editor a la vista [...] Tras ocho meses de receso, prosigue en su empeño: “Me fui a Cuernavaca el jueves 11 [de octubre] y volví esta tarde [del 21]. Aunque no muy famosa mi salud, acabé la Rapsodia VIII de la *Ilíada* y empecé la IX... Comienzo a copiar a máquina [la] VIIª... En Cuernavaca adelanté [la] IX y corregí desde la Iª otra vez... Vuelvo a Cuernavaca, donde acabé la IX Rapsodia de la *Ilíada*! y estoy en anotación general, puntas y ribetes, corrección de copias en limpio... Llegué a las 4 p.m. Tarde templadita y cielo sin mancha. ¡A trabajar en Homero!... Acabé anoche la revisión y anotación de la VIIª Rapsodia y he comenzado la VIIIª... Por la tarde, acabo la revisión de la VIII y hago un resumen de la IX. Descanso antes de comenzar la revisión de ésta, por verdadera fatiga. ¡Acabé mi faena a las 12½ de la noche! De entusiasmo he perdido el sueño... Acabé mis retoques de mi *Ilíada*, tras de aprovechar nuevos estudios...” (21 y 22 de octubre, y 11, 15, 24, 26, 27 y 30 de noviembre de 1949; vol. 11, fols. 8-11).⁸

“No leo la lengua de Homero; la descifro apenas.” Empieza advirtiendo don Alfonso en su prólogo a *La Ilíada*, fechado en noviembre de 1949 en Cuernavaca, como jugueteando detrás de un guiño con esa singular sonri-

sa de niño que parece coronar en sus chinescos ojitos, redondeándolos después para continuar, como si nada, con la cita que viene al caso:

“Aunque entiendo poco griego” –como dice Góngora en su romance–, un poco más entiendo de Grecia. No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos superabundantes; castellanizo las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones del sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra.⁹

Este prólogo esclarecedor y además breve –y si lo bueno es breve, dos veces bueno– como diría Gracián, fue realizado y está firmado en Cuernavaca en el mes de noviembre de 1949, mientras terminaba la Rapsodia ix y revisaba y corregía incansable las anteriores.

En 1949 vive, sin perder mucho el sueño, la peripecia de su frustrada postulación al Premio Nobel, pues de forma paralela y quizá desconcertante para los jueces suecos, también es propuesto otro mexicano, el “príncipe de los poetas” Enrique González Martínez, perteneciente a la generación precedente a la del Ateneo y maestro de ella. El promotor de esta candidatura es Antonio Castro Leal (exdiscípulo y malqueriente entonces de Reyes), quien hace circular una carta entre algunos escritores mexicanos para la postulación formal del poeta y doctor González Martínez. Al mismo tiempo Gabriela Mistral propone a la Academia Sueca la candidatura alfonsina en una carta fechada en el hotel Mocambo en Veracruz el 12 de enero de 1949. “El caso de Alfonso Reyes –dice Gabriela Mistral– es el de un escritor al cual nadie disputa su lugar en nuestros países: Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etc. Se trata de un gran prosista,

de un poeta agudo y sutil, y de un creador cotidiano de cultura...”¹⁰ Esa candidatura de Reyes en 1949 ahora ya sexagenario y en pleno levantamiento de la cosecha, fue apoyada también públicamente por Octavio Paz quien escribió:

Si, tenemos algunos poetas extraordinarios, un dramaturgo, varios críticos, y tres o cuatro grandes escritores en prosa en la literatura mexicana. Pero tenemos sobre todo un hombre para quien la literatura ha sido algo más que una vocación o un destino, ha sido una religión. Un hombre para quien el lenguaje ha sido y es todo lo que puede ser el lenguaje, sonido y signo, trazo inanimado y magia, organismo de relojería y ser vivo, palabra en suma, poeta, crítico y traductor, él es el hombre de letras por excelencia, el minero, el artífice, el peón, el jardinero, el amante, el sacerdote de las palabras.

Entre insomnios entusiastas y correcciones inacabables transcurre el año de 1950, hasta que por fin, don Alfonso entrega su *Ilíada* al Fondo de Cultura Económica el 8 de agosto. Todavía deberá de transcurrir un año para que, a la “nohecita” del 22 de octubre de 1951 anote en su diario: “Orfila, Joaquín Díez-Canedo, Agustín Millares, Raimundo Lida, y Julián Calvo me traen los preciosos primeros ejemplares de mi *Ilíada I* (tres ordinarios y uno fino), con colofón de 15 de septiembre (de) 1951.” Reyes está feliz como niño con juguete nuevo; la obra, la edición y hasta la crítica son resplandecientes, como ese Sol de Monterrey “despeinado y dulce, claro y amarillo, ese sol con sueño que sigue a los niños”. Azorín publica una nota el 22 de julio del año anterior en el *ABC* de Madrid reconociendo que Reyes traslada su penetrativa del mundo clásico español al mundo helénico.

Las reacciones de los críticos en México y el mundo son unánimes en su admiración y reconocimiento. José Moreno Villa (*Suplemento de Novedades*, México, 20 de enero de 1952). Medardo Vitier (*Diario de la Marina*, La Habana, Cuba, 8 de marzo de 1952). Bernabé Navarro (*Excelsior*, México, 20 de abril de 1952). José Luis Lanuza (*La Nación*, Buenos Aires, 4 de mayo de 1952). Daniel Devoto (*Sur*, Buenos Aires, julio y agosto de

1952). Germán Arciniegas (*Revista literaria*, Tegucigalpa, octubre 1952).

Recibe numerosas cartas personales de reconocimiento, de humanistas de la talla de Ramón Menéndez Pidal, Werner Jaeger, Tomás Navarro Tomás y José Gaos, entre otros notables pensadores, quienes coinciden en reconocer una gran obra poética, reflejo y recreación de otra gran obra poética. Alfonso Reyes es por esta hazaña singularísima o “Aristía de Alfonso Reyes” con orgullo y desde entonces nuestro *Homero en Cuernavaca*. Este supremo sacerdote de nuestras letras escogió como su epitafio: “Aquí yace un hijo menor de la palabra”.

III. Colofón

“Las dudas sobre el poeta Alfonso Reyes”, es el texto con el que inicia su libro *Leer poesía*¹¹ el también poeta regiomontano Gabriel Zaid. Esas “dudas” han causado en mis lecturas a lo largo del tiempo un tránsito que va desde la curiosidad morbosa por catar el “bajo contenido alcohólico de la poesía de Reyes”, hasta el éxtasis embriagador de la iluminación personal que contrasta con la fascinación que Zaid no encuentra abundante en la poesía de don Alfonso.

Es verdad que los poemas alfonsinos en una alta proporción se pueden “leer como agua” que nos satisface sin emborrachar, causando encanto pero no fascinación embriagadora. Pero la proporción de los poemas memorables de Reyes es tan alta quizá, como la de otros grandes maestros del oficio. Octavio Paz, por ejemplo, esperaba ser recordado por dos o tres de sus poemas.

Para mí, leer el “Sol de Monterrey” evoca el diario despertar de mis hijos como un gozoso milagro. Otro tanto me sucede al leer la *Oración del 9 de febrero* en la tumba de mi padre, al grado que la interrogante “¿En qué rincón del tiempo nos aguardas / desde qué pliegue de la

luz nos miras?” es su epitafio. Cantar la “Salambona” al oído de la mujer amada mientras me pierdo sin remedio en su mirada, ha sido tanto como leer las “Cuatro soledades” que acompañan mi frecuente y solitario desasosiego. Leer, en fin, los versos de Reyes que me tiene deparado el destino —esa cosa de la que nada se sabe, excepto su insondable aparecer en nuestras vidas. Leer y reconocer agradecido en los poemas de don Alfonso la vida que es mi propia vida, es un don que hace el mundo más habitable al convertir mi entorno en poesía.

Lea poesía, apreciado lector, para comenzar o terminar su día. Con esta publicación que hoy tiene en sus manos, usted podrá comprobar que un poema de Alfonso Reyes por la noche o la mañana es manjar de sabiduría. Estoy seguro que terminará encontrando la grata y perdurable compañía de un Homero en Cuernavaca, entre jacarandas en flor y frondosos laureles.

Cuernavaca, primavera 2009

¹ Reyes, Alfonso, *Obras completas*, t. x, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 463.

² Paz, Octavio, "El jinete del aire", París, *Cuadernos*, núm. 41 (marzo-abril 1960) pp. 4-8. <http://www.alfonsoreyes.org/PazJinete.htm>

³ Reyes, Alfonso, *Obras completas*, t. xxiii, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 76-77.

⁴ Martínez, José Luis, "Recuerdos de don Alfonso en Cuernavaca", en *Homero en Cuernavaca. Ciclo de conferencias en homenaje a la presencia creadora de Alfonso Reyes en Cuernavaca* (DVD), Cuernavaca, Golocine y Matemágic@, 2000.

⁵ Reyes, Alfonso, *Obras completas*, t. x, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 403.

⁶ Zaid, Gabriel, *Obras II*, México, El Colegio Nacional, 1993, pp. 531-540.

⁷ Reyes, Alfonso, *Obras completas*, t. x, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 412.

⁸ Mejía Sánchez, Ernesto, "Estudio preliminar", en *Obras completas*, de Alfonso Reyes, t. xix, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 9-12.

⁹ Reyes, Alfonso, *op. cit.*, p. 91.

¹⁰ Mistral, Gabriela, *Canto a México*, Santiago de Chile, Santillana, 1995, p. 142.

¹¹ Zaid, Gabriel, *Ensayos sobre poesía*, México, El Colegio Nacional, 2004, p. 113.

Homero en Cuernavaca

(1948-1951)

Este recreo en varias voces –prosaico, burlesco y sentimental–, ocio o entretenimiento al margen de la Iliada, se dedica a la buena memoria del sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote Gabriel Méndez Plancarte, honra y luto de nuestras letras, desaparecido ha poco en plena labor.

Los quince sonetos escritos entre septiembre y noviembre de 1948, y generosamente acogidos por la revista Ábside, aparecen hoy muy retocados. Al corregirlos recientemente (abril y mayo de 1951), se me fueron ocurriendo los otros quince. El orden en que los presento obedece a consideraciones muy largas de explicar y hallo más fácil admitir que es caprichoso.

México, 17 de mayo de 1951

A. R.

Je veux lire en trois jours l'Iliade d'Homère.

RONCARD

I

¡A Cuernavaca!

1

A Cuernavaca voy, dulce retiro,
cuando, por veleidad o desaliento,
cedo al afán de interrumpir el cuento
y dar a mi relato algún respiro.

A Cuernavaca voy, que sólo aspiro
a disfrutar sus auras un momento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

Ni campo ni ciudad, cima ni hondura;
beata soledad, quietud que aplaca
o mansa compañía sin hartura.

Tibieza vegetal donde se hamaca
el ser en filosófica medida...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

No sé si con mi ánimo lo inspiro
o si el reposo se me da de intento.
Sea realidad o fingimiento,
¿a qué me lo pregunto, a qué deliro?

Básteme ya saber, dulce retiro,
que solazas mis sienes con tu aliento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

El sosiego y la luz el alma apura
como vino cordial; trina la urraca
y el laurel de los pájaros murmura;

vuela una nube; un astro se destaca,
y el tiempo mismo se suspende y dura...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

Homero

De cara a los volcanes, hoy prefiero,
pues la ambición y la ignorancia igualo,
deletrear las páginas de Homero,
que me acompaña para mi regalo.

Ensayo, me intimido, persevero,
aquí tropiezo y más allá resbalo:
otro volcán viviente y verdadero,
otro fastigio y otra cumbre escalo.

Pronto el cielo se opaca y estremece,
y el aguacero se desencadena.
Septiembre ruge, la nubada crece,

y cada vez que el horizonte truena,
la soberbia de Aquiles resplandece
y el viento gime con la voz de Helena.

Galope de la *Ilíada*

Tesalia, Pilos, Élide, Sición, Laconia, Creta
—yeguas conocidas de larga tradición—,
sus ágiles corceles brindaron al poeta
para atronar los llanos de la ventosa Ilión.

Hay brutos de crianza divina o de secreta
generación olímpica, y a los del Pelión
el Céfiro y la Arpía dieron su sangre inquieta
y gozan un instante de habla y de razón.

Entre el cielo y la tierra cruzan los Inmortales,
las bridas sacudiendo de oro y marfil trenzadas.
Dioses, demonios, númenes, humanos y animales;

nubes, olas y piedras y árboles; y espadas,
picas, flechas y carros, arneses y metales
cabalgan un océano de sílabas rizadas.

Tregua espontánea

¡Insólita quietud en la troyana tierra!
Bajo su toldo, Aquiles olvida sus pasiones;
se oye temblar la lira, se escuchan sus canciones;
y un hálito de paz adormece la guerra.

El tumbo de las olas por el espacio yerra.
Con discos y venablos juegan los mirmidones
en los embarcaderos; y pacen los bridones
loto y palustre apio traídos de la sierra.

Yacen las negras flotas en muda formación
De una y otra hoguera suben las humaradas,
y lejos se divisan las murallas de Ilión.

Desata sus sandalias ocioso Agamemnón,
y revista Odiseo sus naves embreadas,
únicas que lucían proas de bermellón.

Los exégetas

1

No juzguéis que el arguto alejandrino,
partiendo en dos a Homero, como al santo,
fue tan impío ni ha pecado tanto
como peca el moderno desatino.

Que el Janto absorba y beba en su camino
tal afluente, y se revuelva el manto,
¿en qué perturba la unidad del Janto,
en qué lo deja menos cristalino?

Ha muchos siglos maduró la yema,
enfriada la masa temblorosa
hasta cuajar en su virtud extrema.

Duerma el embrión su vida penumbrosa:
no importa el balbuceo, sí el poema;
no la oculta raíz, sino la rosa.

2

De modo que la *Iliada*, según Monsieur Mireaux,
es la occisión del amo, que en otro tiempo fue
un rito riguroso, y al cabo se atenuó
en despeñar a un *fármakos* o darle un puntapié.

¿Acaso, en vez de Aquiles, Patroclo no murió?
¡Pues ya están explicados la causa y el porqué!
Y añadido por mi cuenta: Tersites padeció
a nombre de la tropa, según claro se ve.

“... Muchacho, no te encumbres, que toda afectación
es mala”, y el sensato la juzga con desdén.
También a Don Quijote le han hecho sinrazón

buscándole mil trazas, y yo puedo también
probar que este soneto nace de la intención
de abatir a un coloso hiriéndole en la sien.

Materialismo histórico

Si al Occidente se buscó el estaño
o bien por Anatolia y el Euxino,
las tribus espaderas del camino
tienen por fuerza que buscarse daño.

¿Hoy el pirata, y el bribón antaño?
¿Helena hoy, si ayer el Vellochino?
¡Ladronerías que, olvidado el tino,
dan en poemas como por engaño!

Cuatro términos hay: Ilión y Esqueria
aduanas son de la explorada vía;
mercado es Tracia, y el Egipto es feria.

Mas queda otro sendero todavía
que purga la codicia y la miseria:
la ruta vertical, la poesía.

Genealogías troyanas

Zeus lo engendró, lo hubo alguna de las Pléyades:
tal es la dignidad de Dárdano el epónimo.
Su vástago, Erictonio, en Dardania fue rey — a — des-
pecho de quien lo toma por su ateniense homónimo.

Su hijo Tros, el padre de Ilo, impuso ley — a — des-
perdigadas comarcas de aquel lugar anónimo;
y de Tros y de Ilo heredó la epopeya — des-
pués los nombres de “iliano” y “troyano” el sinónimo.

Ilo tuvo, entre otros, un nieto ilustre: Príamo,
viejo rey de la *Ilíada*, decente aunque polígamo.
Crió cincuenta príncipes; mas Paris, mala pécora,

le salió mujeriego y vano y sin escrúpulo...
—Puedo seguir; no sigo: me canso del esdrújulo
y, cerrando los párpados, dejo caer la péñola.

Entreacto:

A una Afrodita núbil

Afrodita de oro, renacida
para desazonar los corazones,
diosa precoz que brotas a la vida
entre sospechas y adivinaciones;

que a toda garatusa desmedida
el gesto huraño y la reserva opones,
y niñoando y como distraída
sabes amedrentar a los fisgones:

A quien ya no presume de galano
y empieza a descender el precipicio,
otórgale la prez del veterano

que con razón rehúsas al novicio:
déjame que te tome de la mano
mientras con la mirada te acaricio.

II

De Agamemnón

¿Quieres decirme, Agamemnón, qué saca
de tanta terquedad el mundo aqueo?
Pues a mí no me cuentes que es la jaca
de Aquiles Pelión tu solo empleo.

Pero es verdad que si, en el toma y daca,
te desquitas más bien con Odiseo
—“hombre de mundo”—, a esta hora yo no leo
las páginas de Homero en Cuernavaca.

Tú te empeñaste en exigir por eso
que, para compensarte de Criseida,
el intocable Aquiles pierda el seso.

Porque al fin lo de menos es Briseida,
con tal que, de un exceso en otro exceso,
la *Ilíada* se fragüe —y aun la *Eneida*!

Menelao y la sombra

¡Qué torpe Menelao cuando hasta Ilión venía,
mezclando a tantos pueblos en una culpa ajena,
si es cierto que en Egipto lo esperaba su Helena,
si Estesícoro acierta, si Homero desvaría!

Suspéndase el dictamen; importa todavía
esclarecer los cargos antes de la condena:
a veces una historia se traslada de escena,
y la verdad consiente bostezos de ironía.

¿Es una sombra el lauro de tamañas peleas?
¿Helena es sólo un grito, Helena es sólo un eco?
Pues, en torno al presunto simulacro de Eneas,

¿no combaten las huestes, ludibrios de un muñeco?
Y tú, lector, ¿no acudes, por muy sutil que seas,
en pos de una esperanza o de un embeleco?

Dice Hera:

—**¡Corre**, Atenea, que se va la gente!
¡Que se nos quiere ir la gente aquea!
¡Cosas de Agamemnón! ¡Corre, Atenea,
que se acaba el poema de repente!

¡Cosas de Agamemnón el imprudente,
que se desboca y luego titubea!
¡Mira tú que incitar a la pelea
haciendo lamentar la patria ausente!

Este Segundo Canto sin salida
amenaza dejar solo al teatro.
Homero suda. ¡Ayúdalo, querida,

por las barbas del Zeus que idolatro!
¡Díle a Odiseo que, si no se cuida,
no llegamos al Canto Veinticuatro!

Paris

Paris gandul: la nube que te arropa,
si la diosa te nos escamotea,
me alegraré que como esponja sea
y que te haya dejado hecho una sopa.

Irrumpes con dos lanzas por la tropa,
creces al acercarte a la pelea,
ya llenas todo el campo... Y no se crea
que llenas de pavor a quien te topa.

Guerrero de opereta y de chiripa,
tu alegórico bulto se disipa
en cuanto te columbra Menelao.

Muchos hay como tú que obran portentos
a la hora del baño y los ungüentos,
y al combatir son aire y humo y vaho.

De Helena

—**Helena:** soy tu ciego enamorado
y a confesarlo sin rubor me atrevo,
pues te descubro en cada rostro nuevo,
a poco que merezca mi cuidado.

Me río yo del pobre porfiado
que investiga si Leda puso un huevo:
yo, para bien o mal, mi sed abrego
en el presente y nunca en el pasado.

El amor no conoce más victoria
que disfrutar de la dicha transitoria,
¡y arda Troya después, no lo deploro!

—Tal presumía un escolar jumento
y, dislocando todo su argumento,
soltó un rebuzno que paró en un lloro.

Paris-Alejandro

ante Helena

—**Helena** que hoy te muestras tan esquivia
y que solías serme tan devota:
acepto humildemente la derrota
a trueque de tu mano compasiva...

Quiero que guardes y alimentos viva
la luz de aquella Cránae remota
donde, por gracia de la Chipriota,
siendo mi reina fuiste cautiva...

Recuerda nuestro amor; el ceño deja,
desoye la malicia y la conseja,
y a media voz repite que me amas...

(Y al abrazarla, vislumbró Alejandro
en los ojos de Helena, el Escamandro
rojo de sangre y encendido en llamas.)

Llanto de Briseida

Dice Briseida más o menos: —¡Ay
Patroclo que a deshora sucumbiste!
Soy sin ti como ave sin alpiste,
carro sin rienda, mástil sin estay.

En tanta confusión y guirigay,
tú mi refugio y mi sustento fuiste,
y el único en dolerte de la triste
que tiene que vivir de lo que hay.

Mi dueño el otro, tú mi confidente,
comprendías que soy viuda en resaca
y que, para mi bien, más conveniente

que mover tanto ruido y alharaca
es que Aquiles hiciera lo decente,
casándose conmigo en Cuernavaca.

Hera

Iniquidad profunda en que todo reposa,
espíritu del tiempo, reina del torbellino,
sañuda, inexorable, inmensa y procelosa,
menos adicta al Crónida que fiel al destino;

a veces, irritable como engañada esposa
y artera en sus astucias contra el varón divino,
nadie puede implorarla como a cualquiera diosa
que diariamente hallamos a vuelta del camino.

De Hera se nos dice que ríe con los labios,
pero no con los ojos,* y aseguran los sabios
que la risa es la propia salud del corazón.

¡Quién sabe los secretos de esta deidad vetusta
que vino de las sombras y que tal vez ajusta
nuestras razones frágiles a la eterna razón!

Héctor

Bizarro es Héctor, aunque no gigante,
pero nos embelesa y nos imana,
pues, bajo la altivez de su semblante,
su abnegación es casi cristiana.

No supera en la lid al rudo Ayante,
si lo derrota en pulidez urbana;
no triunfa de Patroclo, que el triunfante
ha sido Apolo, y sin razón se ufana.

En Glauco, en Sarpedón, mejor se aprecia
al capitán, y lo aventaja Aquiles,
sólo cruel por serlo entonces Grecia.

Mas canta, diosa, y a los pueblos díles
que contra Héctor la censura es necia
medida con sus prendas varoniles.

* Il., xv, 101.

Al acabar la *Ilíada*

Desengañado Aquiles, sólo a la muerte aspira.
 Su madre acecha, atónita, la hora malhadada
 en que habrá de ceder sus restos a la pira;
 padre, hijo y esposa son grey abandonada.

No queda quien comparta su duelo ni su ira:
 su dulce sierva llora, mas llora al camarada;
 Atrida es falso, esquivo Ayante, y mal velada
 la sorda emulación que Diomedes transpira.

Último caballero de la virtud antigua,
 le deja la venganza una embriaguez ambigua,
 y sólo de la tumba espera la piedad.

Ya le acude la gloria con los brazos abiertos,
 único amor que templa, como un sol de lo muertos,
 su frío desamparo, su arisca soledad.

Una metáfora

“Las cigarras de voz de lirio”, dice Homero...
 Le pesa al preceptista, le duele al traductor.
 La audacia del poético y voluntario error
 de escolios y de notas ha juntado un rimero.

Algo hay en Apolonio que es del mismo acero,
 y algo en el viejo Hesíodo que tiene igual sabor.
 No creo que se pueda decir nada mejor,
 y juzgue cada uno lo que dicte su fuero.

¿Pues no ha osado un moderno hablarnos del clamor
 rojo de los clarines, y no es valedero
 si otro habla del negro redoble del tambor?

Transporte sensorial, Vocales de color,
 Sinestesia —perdónese el terminajo huer—,
 Suprarrealidad, Cantos de Maldoror...

¡Se asusta el avispero!
 Mientras zozobra el crítico, digamos con valor:
 —¡Bravo por “las cigarras de voz de lirio”, Homero!

Tersites

(y Alarcón)

Al buen Tersites yo lo conocía...
Como nuestro Alarcón era de feo,
salvo que éste supo dar empleo
a su corcova y su melancolía,

y el otro no, por esa lengua impía
que le ganó el famoso zarandeo:
¡como que hizo Alarcón lo que Odiseo,
en todas las comedias que escribía!

Yo quebranté una vez con mi ganzúa
el pecho de Alarcón. Su voz fluctúa
del ay grosero al refinado EHEU,

y en dolor se temple y se acentúa.—
Pedro Henríquez Ureña lo insinúa,
Castro Leal también, y Ermilo Abreu.

Reflexión de Néstor

Intentaré vestirlo en un soneto,
aunque sospecho que lo deterioro,
y me pregunto para mi colete
si no resultará como incoloro:

Nuestro Alarcón, el sufridor discreto,
cuya frecuentación es un tesoro
por su trato sencillo y su decoro,
su tono conversable y su respeto,

piensa que “Dios no lo da todo a uno”;
y he aquí que Néstor, elocuente anciano
—gárrulo, pero nunca inoportuno—,

sus años llora y sus vicisitudes,
y exclama, casi como el mexicano:
“Los dioses no dan juntas las virtudes.”*

* *Il.*, IV, 320.

Instante de Glauco y Diomedes

Una palabra, un claro pensamiento
detuvo el mal, “como la miel del higo
cuaja la leche”,* y arrastró consigo
la odiosa fiebre y el fragor sediento:

una palabra a cuyo encantamiento
se reconoce amigo el enemigo.
Y era el cielo de Tróade testigo,
y la palabra se llevaba el viento.

Sombra somos delgada y desvaída;
muy antes que Manrique lo dijera,
lo dijo Glauco y lo escuchó el Tidida:

Que somos la verdura de la era,
marchitas hojas que la fronda olvida
a cada turno de la primavera.**

* *Il*, v, 902-4.

** *Il*, vi, 146.

Filosofía de Helena

Cuando me orillo a contemplar la fuente
que salta entre parleros borbollones,
no entiendo al mago que gritó: ¡“Detente”!,
ni al loco que le dicta condiciones.

¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones,
y acaso la memoria diligente
es la más justa de las mediciones?

Corre la sangre su fangosa vena,
y sólo en el recuerdo se depura
y decanta su linfa y la serena.

Y el luto y el afán y la amargura
apenas sirven, como siente Helena,
“para ilustrar la fábula futura”.*

* *Il*, vi, 357-8.

La verdad de Aquiles

Si me preguntas lo que yo más quiero,
te diré que se muda con el día
y que lo va llevando el minuterero
y el curso de las horas lo desvía.

No es inconstancia, no: la suma espero,
el desenvolvimiento y la armonía
que prestan intención al derrotero
en una espiritual geometría.

Mas si preguntas lo que yo aborrezco,
en una sola frase te lo ofrezco
que recogí en los labios del Pelida:

“pensar y hablar dos cosas diferentes”,*
miedo del mundo, engaño de las gentes,
menoscabo del arte y de la vida.

Cassandra

En torno a las imágenes de Homero
siempre se conformó mi fantasía.
Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojos en la poesía;

cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Cassandra vino a mí. Blanco y severo
y rozagante manto la envolvía.

Miróme sin hablar; pero en sus ojos
de fatal inquietud, yo adivinaba
piedad y espanto. Yo caí de hinojos,

yo no sé más. Sentí que me besaba.
Cantó el viento —y sonaron los manojos
de flechas agitándose en su aljaba.

De mi padre

De Alejandro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando la *Ilíada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.

De mi paráfrasis

1

No está en las letras cuanto yo adivino
del duelo del troyano y del aqueo,
ni sólo en el poema peregrino,
ni en lo que cautivamente escribo y leo.

A sobresaltos de la sangre, atino
con el oculto parangón, y husmeo,
no las palabras disecadas, sino
el tufo de la guerra y del saqueo.

Por gracia o maldición —otro lo acierte—,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve junto a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.

Algunas prosas

2

Oí clamar a Andrómaca privada del esposo,
oí la imploración de Hécuba en la torre,
y he visto al viejo Príamo, nocturno y tembloroso,
que cruza el campamento y al hijo muerto acorre.

Llorar ajenas lágrimas fuera un afán ocioso
si abunda el propio llanto que tal engaño ahorre,
y el relato hago mío sin miedo a lo que oso
para que viva en mí y nunca se me borre.

A siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:

A tu regazo —prenda de mi consentimiento—
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.

Lingua, sile; non est ultra narrabile quidquam.

Ov. *Ep.*, 2, 61

Érase un perro

Por la terraza del hotel, en Cuernavaca, como los inacabables mendigos y los insolentes muchachillos del chicle, van y vienen perros callejeros, en busca de un bocado. Uno ha logrado conmoverme.

Es un pobre perro feo, pintado de negro y blanco, legañoso y despeinado siempre. Carece de encantos y de raza definida, pero posee imaginación, lo que lo enaltece en su escala. Como el hombre en el sofista griego –fundamento del arte y condición de nuestra dignidad filosófica–, es capaz de engañarse solo.

Se acerca siempre sin pedir nada, a objeto de que la realidad no lo defraude. Se tiende y enreda por los pies de los clientes, y así se figura tener amo. ¿Algún puntapié, algún mal modo, alguien que lo quiere echar de la terraza? El perro disimula, acepta el maltrato y vuelve, fiel: nada solicita, sólo quiere sentirse en dependencia, en domesticidad humana, su segunda naturaleza.

Los amos no son siempre afables, pero él entiende; los tiempos son duros, la gente no está de buen humor, los países andan revueltos, el dinero padece inflación, o sea que el trozo de carne está por las nubes. Toynbee diría que cruzamos una “era de tribulaciones” (*age of troubles*), algo como haberse metido en una densa polvareda. El perro entiende. Por lo pronto, ya es mucha suerte tener amos, o forjárselos a voluntad.

A veces, una mano ociosa, a fuerza de hábito, le acaricia el lomo. Esto lo compensa de sus afanes: “Sí –se dice meneando el rabo–, tengo amo, amo tengo.”

Hay algo todavía más expresivo cuanto a la ilusión del pobre perro, y es que se siente guardián del hotel, y gruñe a los demás perros y los persigue para que nadie moleste a sus señores ni mancille su propiedad.

Así, de espaldas a sus semejantes, sentado frente a su humana quimera, alza la cabeza, entra en éxtasis de adoración –y menea el rabo. (¿La “servidumbre voluntaria”?)

Novedades, México, 27 de diciembre de 1953.

Las burlas veras. Primer ciento, en *Obras completas*, t. xxii, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 429-430.

Divagación de otoño en Cuernavaca

Repitiendo un poco lo que tengo dicho por ahí, voy a contar una breve historia: la historia del mundo, desde los orígenes hasta nuestros días. Cuando hayamos llegado al Nuevo Mundo, nos detendremos algunos instantes para averiguar lo que nos conviene hacer con América, este pedazo de planeta que nos ha tocado.

Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo, de modo que inventó la semana. Para pasar el *week-end* no sabemos cómo se las arregló. Ahora, según dicen, pasa el *week-end* en Cuernavaca, que posee un clima privilegiado. Algunos habitantes de México y algunos visitantes del país vecino son de la misma opinión que Dios. Llegan a esta ciudad el viernes o el sábado de mañana, y el lunes ya están de regreso en su casa, entregados a sus habituales ocupaciones y aburrimientos.

Una vez lanzada la Creación, en las seculares evoluciones de la materia cósmica, la masa solar se dejó un día barrer por alguna fuerza misteriosa y desprendió de sí, como esas burbujas de jabón que se echan a volar con el soplo, una ronda de planetas. El nuestro, la Tierra, dicen que ha estado girando y buscándose a sí mismo desde hace varios miles de millones de años. Entre los animales que lo iban poblando, porque ya se sabe que todo edificio abandonado a sus propias fuerzas cría animales, hubo –hace acaso un millón de años– un lemurido que se descolgó de la cola, se bajó de un árbol y decidió enderezarse, sentándose y al fin parándose sobre sus patas traseras. A partir de ese instante, comenzó a contemplarlo todo a su alrededor, a mirar de lejos y a orientarse (origen de la conducta moral), y entonces el sentido del olfato, que antes le servía de brújula por los caminos de la vida, vino a ser sustituido por otro sentido

más precioso y de mayor dignidad: el de la vista. Se desarrollaron las manos, el pulgar se volvió oponible; así se hizo el hombre.

Pero la Biblia nos cuenta la historia en una síntesis poética que muchos prefieren a las explicaciones de la ciencia evolucionista. Dios –nos dice– creó al hombre directamente, amasando el barro del suelo. Después, fabricó a la mujer con una de las costillas del hombre, reducida a oficio de plastilina. Cuando la pareja, por su desobediencia (desobediencia de que nació todo el destino humano) fue expulsada del Paraíso, entonces empezó la Historia. Pues en el Paraíso todo se daba gratis y no había necesidades. La Historia es hija de la Necesidad. El primer paso de la pareja humana tuvo que ser una doble obra de persuasión o domesticación. A espaldas de la pareja, se hallaba el iracundo Arcángel con la espada de fuego; frente a ella, la naturaleza feroz, las bestias, el lobo. Había que combatir en dos frentes, y la pareja humana comenzó por convertir al terrible Arcángel vengador en el dulce conductor de Tobías, y al lobo en ese sumiso y fiel amigo del hombre que es el perro. Aquí empezó la Historia.

Las etapas de la Historia bien pueden resumirse así: la edad del fuego, la edad de la agricultura, la edad de las ciudades y, por último, la edad de la ciencia, en que ahora vivimos. Aunque la edad de la ciencia venía preparándose desde antes de los griegos, pues su origen se confunde con los albores de la curiosidad intelectual, de cierto modo esquemático podemos decir que la edad de la ciencia asume su carácter ya inconfundible hacia el siglo XVII, cuando se establecen los métodos capaces de conducir sistemáticamente a la investigación y al descubrimiento. Hace poco más de siglo y medio, esa aceleración de los hechos que podemos considerar como el síntoma de la Historia –pues en la Prehistoria nada pasaba o siempre pasaba la misma cosa– se resuelve en un ensanche de todos los órdenes de la acción y del pensamiento humanos. Hoy por hoy, en estos últimos años, las fronteras, en todos los sentidos –o mejor, los orígenes de las cosas– parece que se van alejando. Jean Rostand

lo ha explicado muy claramente. El universo es más vasto de lo que un tiempo se pensaba; la Tierra, más vieja; el hombre, más antiguo. El ensanche no sólo afecta al tiempo y al espacio. Hay también un ensanche cada vez que aparece una nueva noción, cada vez que surge un poder nuevo. La matemática se ensancha con la anexión del transfinito; nuestro ser espiritual, con la exploración de la subconsciencia; la técnica, mediante la cibernética o pensamiento mecánico y mediante la física nuclear. El hombre mismo empieza a aumentar el dominio de su propia configuración: se mudan los sexos; se prestan de uno a otro hombre elementos del cuerpo humano mediante injertos apropiados, como si se tratara de muebles, autos o alhajas, a tal extremo que la idea de la persona parece perder su integridad natural, lo que tanto comienza a inquietar a los teólogos como a los juristas. Se pretenden aumentar algún día la eficiencia intelectual provocando cierta leve asimetría en los hemisferios cerebrales. Todas las disciplinas parecen volverse más profundas y más complejas. A tal punto, que algunos tienen ya miedo ante el desarrollo de la ciencia, pues como observó hace mucho Francis Bacon, en fórmula imperecedera que debiéramos recordar constantemente, “la ciencia, si se la absorbe sin el antídoto de la caridad, no deja de ser un tanto maligna y venenosa para el espíritu”. Y hoy piensan algunos, en efecto, que como decía Paul Langevin la justicia se halla en retardo con respecto a la ciencia.

No sabemos lo que nos prepara el porvenir. Sabemos, sí, que los progresos pueden ser previsibles hasta cierto punto, si consideramos con humildad nuestros principios científicos, no bajo la perspectiva de los sueños y las ambiciones, sino por el revés del antejo, bajo la perspectiva de los límites con que tropezamos, al menos hasta ahora. Pues los principios científicos son frecuentemente principios de impotencia, barreras.

Pero no nos perdamos en consideraciones técnicas que nos llevarían muy lejos. Volvamos al concepto de los ensanches, y apliquémoslo a un fenómeno mucho más tangible y de bulto: los ensanches geográficos. Ninguno

más trascendental, sin duda, que el Descubrimiento de América, cuyas consecuencias todavía no se han agotado, porque todavía estamos "haciendo a América".

Los antiguos siempre sospecharon que hacia el Occidente, la región de la noche, la Tierra escondía algunos secretos. Los poetas soñaban con el reinado feliz del viejo Cronos, con estrellas nuevas, con escenarios maravillosos, como el de las Islas Bienaventuradas, donde todo se daría gratis; de modo que el sueño de la Edad de Oro, que Hesíodo situaba en el pasado, parecía situarse en el porvenir. Atisbos y adivinaciones, el furor humanístico del Renacimiento y los apremios comerciales parecían ya exigir el descubrimiento del Nuevo Mundo antes de que éste aconteciera. Un buen día los turcos se apoderan de Constantinopla, cortan el camino de las mercaderías asiáticas rumbo a Europa; y entre otras cosas reducen la dieta europea, privándola momentáneamente de las especias. Sobreviene la conspiración de las cocinas y, por buscar un nuevo camino hacia el país de los condimentos, se da inesperadamente con América.

Ya hemos, pues, descubierto a América. ¿Qué haremos ahora con América? La mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, empieza entonces a imaginar, en el orden teórico, utopías y repúblicas perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones llenas de promesas; y en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El alma humana se asusta a veces de su misma fuerza de idealidad, busca pretextos prácticos. Cuando Alejandro el Grande abandona sus empresas helénicas y panegeas y se alarga hasta las riberas del Ganges, no sabe ya bien lo que quiere: es un poeta de la conquista, está loco. Para no enloquecer de misticismo y de anhelos abstractos, los descubridores, los conquistadores, los colonos de América se dedican a la explotación –a veces inicua– de las colonias, y los domina el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por encima de todo ello, el ideal se ha puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, las vacilaciones, las contradicciones y los errores

–pues la vida no procede nunca en línea recta–, América va apareciendo, a los ojos de los filósofos europeos y de los capitanes espirituales del Nuevo Mundo, como un escenario posible para los intentos de felicidad humana, para las nuevas aventuras del bien (aventuras que, de paso, confesémoslo, el mal aprovecha con frecuencia). Lo mismo los misioneros religiosos de Iberoamérica que los padres peregrinos del Norte sueñan con modelar en nuestro Continente un mundo social sin compromisos con las equivocaciones hereditarias que el Viejo Continente se ve obligado a arrastrar consigo. Y ya en nuestros días, ante los desastres de Europa, América cobra el valor de una reserva de esperanzas. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir como cosa propia el vasto panorama terrestre en especie de unidad y conjunto. Entre la vasta homogeneidad del orbe ibérico y el orbe sajón americano –los dos personajes de nuestro drama– la sinceridad democrática puede y debe oficiar de nivelador, rumbo a la concordia u *homónoia* que decían los griegos. Las naciones americanas no son entre sí tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Hace más de medio siglo que hemos aprendido a juntarnos para discutir y resolver cuestiones que a todos nos afectan, con una naturalidad y facilidad que nunca se han dado en Europa. Y las diversidades lingüísticas entre el español, el portugués, el inglés y el francés (las lenguas de nuestro Continente) no son una muralla infranqueable, si no unas redes permeables, dados los recursos actuales de la cultura y de la enseñanza.

Cuernavaca, 14-IX-1956.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), X-1956.

Marginalia. Tercera serie [1940-1959], en *Obras completas*, t. xxii, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 389-393.

Cuernavaca

Habituado a viajar por necesidad y por afición, cuando José Dorantes volvió a nosotros, tras de vivir varios lustros en el extranjero, resolvió emprender las aventuras del peregrino en su patria. La verdad es que no se había alejado antes de conocerla realmente, pues su infancia y su primera juventud discurrieron en el claustro de la vida escolar. Además, la ciudad de México, donde ahora se concentraban los intereses de su trabajo, le resultaba fatigosa, no tanto por la decantada altitud, cuanto por ser asiento, cuando lo son siempre las capitales, de la “sofistería” literaria y el chismorreó político, plantas viciosas que singularmente crecen en los focos de los pueblos centrífugos. El gran vuelco operado en el país durante su ausencia, efecto del tiempo y de los cambios revolucionarios, disimulaba a sus ojos ciertas condiciones nacionales que él quería considerar como características y permanentes. Tal vez encontraría en la provincia aquella dulce cortesía mexicana, tan ponderada por los antiguos y que los contemporáneos tanto echaban de menos, la cual se adulteraba visiblemente en la gran ciudad. Aquí la celeridad de la existencia contemporánea y los vaivenes entre las capas sociales parecían revolverla un poco. José Dorantes recordaba con una sonrisa cierta máxima que oyó en labios del canciller argentino Saavedra Lamas: –Las capitales desvían el diagnóstico...

Por fortuna, el desarrollo de las carreteras y el recurso del automóvil –pues los ferrocarriles sólo eran ahora un último recurso– permitían recorrer la tierra en muchos sentidos con relativa seguridad, a pesar del vago bandolerismo endémico, rasgo folklórico en toda región bañada por la sangre de Hispania fecunda; y el aeropla-

no abreviaba ya las distancias para los puntos cardinales: Mérida, Monterrey, Veracruz y Acapulco.

En sus días de la Escuela Preparatoria, por ejemplo, el viaje al Desierto de los Leones, que hoy es cuestión de minutos, resultaba una excursión atlética para fin de semana, y suponía una cadena de peripecias: tranvía eléctrico de México a Tacubaya, hoy región absorbida como un barrio más de la capital; tranvía de mulitas entre Tacubaya y Santa Fe, donde en el camino, conductor, cobrador y viajeros solían bajarse del vehículo para perseguir conejos a pedradas; y luego un buen trecho de marcha a pie que no dejaba de ser penoso, y más si se considera que había que cargar con mochila o bolsa de bastimentos para comer en el campo. Y todavía era menester pernoctar entre las ruinas del Convento de Cuajimalpa, a fin de disfrutar un poco el aire silvestre, perfumado de pino y cedro, y recobrar fuerzas para el regreso.

La literatura popular y la culta han consagrado la memoria de estas etapas. Por cuanto al pueblito de Santa Fe, hay por ahí una retahíla poética que dice:

Sali de México un día
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrado que decía:

“Sali de México un día
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrado que decía:...”

(y el motivo se repite aquí inacabablemente).

Y por cuanto al convento franciscano de Cuajimalpa, centro de alguna vieja industria vidriera, de que todavía quedaban huellas hace unos años, ahí aconteció cierta aventura, contada por Amado Nervo, entre los próceres de la generación modernista: Jesús Urueta, con la complicidad del escultor Contreras. Se disfrazó de fantasma nocturno, y anduvo toda una noche, tentando a Balbino Dávalos, quien, entre burlas y veras, se entregó al enga-

ño de creerse atraído por una aparición de ultratumba. Y todavía hay que añadir, para uso de los que un día levanten la carta geográfica de la poesía mexicana que, al menor descuido, el viaje de regreso a pie –como le aconteció una vez a Dorantes en compañía de Acevedo, Vasconcelos, Henríquez Ureña y otros jóvenes de la generación del Centenario– nos mete por el volcánico pedregal de San Ángel, donde la heroína de Gamboa, tan Santa como pecadora, cayó en los brazos del sargento,

dejando su cuidado
entre las azucenas olvidado.

Uno de los sitios que primero atrajeron la curiosidad de José Dorantes fue Cuernavaca, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital. Viaje cómodo y cómoda estancia. Buena carretera que, antes de trasponer el Ajusco, deja ver el panorama de México y Xochimilco, el valle y el espejo de los lagos, cruza las alturas desde donde se divisa Topilejo –pueblo incorporado también a la geografía literaria por cierto testimonio del indio Juan Peña– y, más allá de Tres cumbres o Tres Marías, levanta en un humilde tablar de cruces, otro testimonio más melancólico de nuestras vicisitudes políticas, único incidente que perturba la amenidad de la excursión.

Alternan con los bosques las llanuras de Zacatán, donde los turistas del Norte aseguran que hay una riqueza perdida en celulosa, tan útil para las industrias de guerra. Y luego aparece, abajo, la ciudad ya tibia y de discreto aire tropical, de cielo denso y respiración gustosa, en que alguna vez soñó Cortés instalar la capital de sus conquistas y donde erigió un palacio en cuyos frentes murales se ven hoy los frescos acusatorios de Diego Rivera: la lucha desigual de indios y españoles, los héroes regionales, el caudillo Morelos con trazas de autorretrato del artista, el jefe agrarista Zapata –sombbrero, ojazos, bigotazos y machetote– junto a su precioso caballo blanco, que es un juguete con piernas de mujer. Aquí también quedan los despojos de la mansión y jardines en que buscaba esparcimiento el infausto Maximiliano, que

quiso jugar a la invasión y al imperio, figurándose que la historia podía hacerse sin sangre.

Cuernavaca, durante la era porfiriana, vivía su lento sueño, levemente agitado en la superficie por las fundaciones de los mormones norteamericanos que se establecieron entre los alfareros del Salto de San Antón, dando, desde entonces, un toque de sensualidad a la provincia. La sensualidad, entonces casta, luego se matizaría con sabores perversos, cuando los prohombres revolucionarios y los nuevos ricos trasladasen a Cuernavaca su vida de orgía y de boato, cuando los turistas del Norte, establecieron allí su campamento, más o menos provisional, de asueto, de extravagancia, de desquite contra la morosidad puritana de sus costumbres nativas, o cuando la marejada internacional de naufragos de la guerra llevara hasta allí el relajamiento de su exasperación y de su aventura.

Tierra típica y de color local, por su sustancia comienzan a correr morbos extraños. El pueblo es hoy relativamente manso, porque acaso aplacan su sed la sed de tierra, vino y sangre de que ya hablaba hace cerca de un siglo el humanista García Icazbalceta, natural de la zona, ciertas conquistas institucionales, el dinero del turismo y el trato mayor con gente de diversas naciones. La paciente conscripción militar disciplina un tanto a los muchachos, los viste de limpio y los somete a la vida reglamentada de los grandes cuarteles construidos a las puertas de la ciudad. Pero sobre la población auténtica flota la nube exótica del party, el cabaret y el cocktail. El juego, desterrado ya de la Selva, se refugia en las residencias suntuosas de los nuevos barrios, en las terrazas de los hoteles. Los chicos piden limosna en inglés. Los diplomáticos extranjeros que han elegido aquel sitio para su retiro andan de guayabera y huaraches. Los espías y prófugos de Europa montan en silla vaquera y alternan con los jinetes populares en los festejos de septiembre. Las morenas de por acá se cuelgan adornos de plata, fabricados en Tasco al gusto de los Estados Unidos. Las rubias de por allá tejen en el peinado los estambres de colores de nuestras indias, y visten la blusa deshilada y

la falda de colorines, ancha y ampona. Los refugiados españoles trajeron su aportación de alpargatas, los vástagos ya vencidos de la antigua aristocracia hispano-mexicana, se abandonan a la disipación. Los astros y las estrellas de Hollywood encontraban aquí, hasta hace poco, un fácil divorcio. Y de esta pequeña Babel va naciendo una mescolanza de modas y maneras digna de la atención del sociólogo. Es esto un islote de gente que escapa de la vida: aquí se esconden los irregulares del sexo; los jóvenes que huyen el deber militar; los espías que han decidido no espiar nada, sino disfrutar simplemente su breve tránsito en la tierra; los cardíacos de la capital que han renunciado a la lucha; los que no quieren saber nada del mundo ni sus turbulencias; los monjes de la voluptuosidad; los últimos individualistas.

No se imagina, quien visita por primera vez esta ciudad, la cantidad de sorpresas que ella esconde en su seno, bajo su apariencia de ciudad campesina. Junto a las artes populares, la industria de estampados ingleses. Junto al candor provinciano, los islotes refinados del vicio: *ces menus plaisirs qu'on appelle péchés*, dice Colette. Museos privados como la casa de Morrow, al lado de tascas miserables, o como la de Conway, que custodia verdaderos tesoros de la herrería mexicana en un parque de pasto inglés adornado con piedras arrancadas al puente de Londres. Pistas de golf únicas por su comodidad y belleza, y a poco andar, humildes carpas de artistas trashumantes, cuna acaso de algún futuro Cantinflas; ferias de humilde tiro al blanco, caballitos, comercio de chácharas y puestos de cacahuate. Los mariachis o murguistas de casa y al lado, la exótica plaga de máquinas musicales, orquestrolas o sinfonolas, y los afrentosos mugidos de los megáfonos que anuncian un viaje al ingenio azucarero de Zacatepec, a la pirámide del antiguo reino independiente del Tepozteco, o a las grutas de Cacahuamilpa. De pronto, dos calles más allá, el silencio, el patriótico silencio de nuestros poblados rurales. Después, la selva cruzada de rumores acuáticos, de cantos en falsete, de ladridos errantes, de rechinar de norias: en suma la soledad sonora.

—De momento, no hay más que el 93 —le dijeron—. Es un cuarto pequeño como una celda, pero aislado por pasadizos y terrazas, con muchas luz y vistas al campo.

—Pues me quedo con el 93.

Y la casualidad resultó ser la elección más sabia, porque el 93 no dejaba nada que desear. El hotel todo era un acierto del desorden. En vez de ese aire de penitenciaría, con células distribuidas en crujeas simétricas, que suelen tener los hoteles trazados según las reglas, donde la misma unidad de las perspectivas interiores hace perder el sentido de la orientación, éste había sido construido sin plan, por aditamento sucesivo de pisos, cuartos y pabellones, de suerte que ofrecía constantes sorpresas y cada departamento tenía su atractivo propio y era diferente a los demás. Edificado en un alto de aquel terreno irregular, en que a veces, las calles parecen suaves escaleras, la fachada está al nivel de la plaza Morelos y en el fondo hay que bajar dos pisos para llegar al jardín y la piscina. Y mientras en el piso que da a la calle se está en el centro de la ciudad, en el tercer piso se tiene la impresión de encontrarse en mitad del campo, por donde la vista se extiende espaciosamente sobre los aleros y tejados del primer término. Las masas de verdura corren hasta las montañas que rodean el horizonte. Se ve bajar la tempestad desde las cumbres septentrionales. Se oye el palpitante de la locomotora. Por la noche, cintilan de tiempo en tiempo los faros de los autos que vienen de México haciendo esos por la cuesta. Sobre el vientre de ladera, como una cicatriz cesárea, se divisa la raya recta del tajo por donde ruedan los maderos desde la cima al valle.

El hotel es un inmenso barco irregular montado en una ola de tierra y en la proa, el 93 se adelanta, alto y solitario, como camarote del capitán junto al puente de comando. Lugar apetecible para el que quiere estar a solas ante la naturaleza, leer en voz alta, hablar consigo mismo. Y con sólo descender, ya estamos de nuevo entre la fauna humana, entre las mesas de la galería que se extiende por la fachada, entre las maletas y los viajeros, los mendigos y los vendedores ambulantes de sarapes, brazaletes y baratijas. El nombre del hotel Marik, nos

recuerda que el viejo escandinavo Erik —gran aficionado a las orquídeas y coleccionista de pinturas— se enamoró de la negra Mary y fundió en uno los dos nombres, así como quiso fundir las dos sangres. Erik dejó a Mary la herencia. Pero hubo pleito, y al fin se quedaron con el hotel las hijas legítimas de Erik, anteriores a su pasión senil, Bárbara y Carmencita.

El 93 consta de dos partes —alcoba y baño, aquélla diminuta, éste espacioso— y queda abrazado al poniente y al sur por los corredores que lo separan de las demás habitaciones, mientras al norte y al este se abren dos terrazas espléndidas. Y el cuarto disfruta de dos ventanas tan bajas que casi se siente uno al aire libre. La terraza del norte, donde dan las ventanas, domina los pabellones bajos del interior, el tanque y jardines, las casas, las iglesias, la entrada de la población, los cuarteles, la carretera; la terraza del este donde da la puerta, deja ver el sol naciente, junto al Popo y al Izta, y más acá, las caprichosas bambalinas de roca de Tepoztlán. El sol, abriendo por la mañana la puerta, llega hasta la cama.

Los volcanes, transparentes a la madrugada, cuando los poderes de la tierra, iglesias y cuarteles, dejan oír los primeros toques de campanas y de clarines, se dejan ver poco a poco envueltos en un fulgor de azafrán, manchado de nubecillas negras y cruzado de bandas azules en abanico. El disco dorado asoma al fin. Las nubes se amontonan entonces y hacen desaparecer los picos nevados, que sólo vuelven a descubrirse entre los últimos celajes de la tarde, con los rayos horizontales que les envía la gloria del poniente. Siempre igual y siempre cambiante, el drama del amanecer y el anochecer vale por sí solo, visto desde aquel aéreo balcón, la estancia en Cuernavaca.

La decoración del Tepozteco encuadra un escenario olímpico, que evoca las óperas wagnerianas a la vez que las indostánicas pagodas. El paisajista José María Velasco ha representado la puesta del sol en Cuernavaca, año de 1881, la misma que hoy José Dorantes contempla desde su mirador.

Por el flanco derecho, se columbra la calle de la fachada y, enfrente, la mansión Skipsie, fundada sobre el casco de una antigua finca porfiriana y remozada y arreglada a la inglesa, toda de rico material en piedra, en rejas y en maderas, por cuyas ventanas se adivinan los interiores confortables; y más allá los rojos torreones del Palacio de Cortés que hoy hospeda a los poderes públicos. En pocos lugares pueden abarcarse tantas cosas de un solo vistazo. Fiesta de los ojos, lo es también de la imaginación, por las evocaciones históricas del antiguo reino indígena, del régimen de la Conquista, de la riqueza porfiriana, labrada en la economía doméstica, de la opulencia internacional traída más tarde por el petróleo.

Cuando José Dorantes colgó las escasas y ligeras prendas y ordenó en el gabinete los objetos de tocador, se sintió dueño del mundo. Disponía del punto de apoyo para manejar la célebre palanca. Estaba en el centro del universo y estaba solo. Y puso a prueba su posesión y su soledad entregándose a las delicias de la ducha y canturreando sus canciones francesas. Nadie podía oírlo. El agua caía sobre el mismo suelo, y era un gusto encharcarlo sin tener que preocuparse de las goteras, que todo había sido previsto. Gorgoriteaba el caño. El vapor nublaba el espejo. Dorantes cantaba a "La Noisille", "Auprès de ma blonde", "Brave marin". Estaba en un reino encantado y, por unos minutos, la fatigosa visión de la ciudad de México, tan distante, se borró de su mente. Y al limbo se fueron las academias y universidades, los parlamentos, las redacciones de los diarios, los cenáculos y tertulias, los negocios y los cuidados.

*Auprès de ma blonde
qu'il fait bon, fait bon, fait bon,
auprès de ma blonde
qu'il fait bon dormir!*

—No es que me parezca mal su cocina. Seguramente no hace daño, que es lo más importante para el viajero. Pero la carne es algo dura y le hacen perder el sabor en una salsa monótona, igual para todos los guisos. Quiero ensayar lo que se come en el pueblo.

—Pues le daremos a usted algunas indicaciones con toda objetividad y lealtad —le contestaron—. Aquí al lado, en Heathers Plaza, hay excelente cocina. Pero el servicio resulta caro y excesivamente condimentado para todos los días. La encargada, esa que parece una griseta algo rechoncha, marchita y medio miope, fue en sus tiempos la campeona de bridge en Viena. Y vaya usted conociendo a la gente. Antes de Heathers, en la Nueva España, doña Pilar cultiva la mesa española, que también encontrará usted en el Asturias, y acaso de mejor calidad. Al otro lado de la plaza, frente al Palacio de Cortés, no lejos del Correo, la fonda de Cárdenas prepara por encargo unos pollos y unos lechones que los conocedores encomian. Por la calle que conduce al mercado, en "La India Bonita", hay cocina nacional, sencilla, limpia y muy barata. Por ahí suele caer el doctor Gupta, antiguo profesor de sánscrito en la Facultad de Letras de México. Tiene cara de garbanzo cocido en agua de cobre. Frente al otro parque, en el Bella Vista, o en el Astoria sobre la calle Morelos —la única pavimentada y con honores de carretera— las casas son más o menos como en este hotel, aunque los descontentos aseguran que ambas mesas superan un poquillo a la nuestra. No se fie usted mucho. En la misma calle Morelos, más a la entrada y como quien va para el arco de la Virgen, hay un marinero inglés que prepara uno que otro plato al gusto sajón. También hay una salchichería de alemanes. Aseguran que hay quien viene desde México sólo para comer en el hotel Palacio, lo que parece exagerado. A la entrada del pueblo la mesa de Pepe es famosa en géneros italianos. Y ya en las afueras, la "Table d'hôte" de Mandel suele ser agradable. Y lo demás descúbralo usted por su cuenta y su riesgo, porque no está catalogado. Nuestro bar es el más recomendable, y único en los licores legítimos. Los otros pueden envenenarlo. En la terraza del Bella Vista, además, último recurso a la media noche porque aquí somos algo caseros y cerramos en cuanto podemos, le horrorizarán los frescos que pretenden representar bailes y fantasías regionales, y en vez del movimiento sólo dan la contorsión estática en imposibles posturas, con unos

muñeques chillones y horripilantes. En la generación de Rivera, entre los ineptos discípulos. Y por "La Ofelia" no aparezca, que es cosa soez y pueblerina, aunque la hayan reformado ha poco por ver de dignificarla un tanto. Y ahora, señor, a orientarse solo y a escoger lo que más le guste.

Teodoro comenzó por dar la vuelta a la plaza, para admirar de cerca los magníficos laureles de India que al amanecer y a la caída de la tarde hervían en la gritería de los gorriones. Descubrió el Morelos de Tamariz, encaramado como en un trono, con el pañuelo en la cabeza y la capa medio tumbada que le dan a un inesperado aire goyesco. Rodeó la carpa, a la sazón silenciosa y de donde, a primera noche, comenzaban a salir los tristes gañidos de los artistas trashumantes. Vio bajar y subir viajeros en los "turismos" o autos colectivos. Oyó gruñir los camiones de las Grutas. Procuró no oír la sinfonía que lloraba melodías de Lara o de Curiel en un cafetín de medio pelo. Pasó de ahí a la plaza Zapata, no sin echar una mirada a las curiosidades artísticas de sus amigos españoles Olga y Ramón Chorro; una mirada a la Nueva España, que doña Pilar gobierna a gritos y al buen modo del pueblo hispano; una mirada a la taberna de don Antonio, honrado gallego protector de los refugiados; una mirada a la tabaquería, gente toda con quien se sentía amistado por ser española y liberal; una mirada a las zapaterías que huelen a cuero mal curtido y exhiben en los escaparates sandalias femeninas de todos los colores y trazas; una mirada a los puestecillos callejeros de platería; una mirada a las telas de los hermanos Tillet, orgiásticos prófugos del servicio británico que fabrican vestidos y corbatas con telas más adecuadas para cortinas, y que llevan su extravagancia hasta estampar en faldas y blusas los fusilamientos de José Clemente Orozco, deleite de los incautos turistas norteamericanos; una mirada a la farmacia, que a lo mejor posee artículos ya imposibles en México, por la dificultad de la guerra; una mirada a la librería de truculencias y crímenes que responde peregrinamente al nombre griego

de "Gnosis". Y dándose por satisfecho de esta primera inspección, se encaminó de una vez a "La India Bonita", para probar de lo más modesto.

La mayor sorpresa que ahí le esperaba era la delicadeza casi morbosa con que le sirvieron la comida, no sabía si por manos de mujer o de un ángel leve y transparente. Si no encontró allí a la india bonita, sí a uno de esos ejemplares únicos de la finura popular que aún no desaparecen del todo. La sirvienta o lo que fuera atendía a su pequeña clientela con una cortesía suave, algo titubeante, José Dorantes se figuraba estar en China. Inconscientemente, bajó el tono de la voz al hablarle, temiendo herirla, y pensó en aquella mujer de quien decía Mallarmé a sus amigos: -Es tan tenue y frágil que cuando le dice uno "buenos días" se siente uno como si le hubiera dicho "mierda".

Había cuatro mesas. La comida era honesta y simple, en profundidad más que en superficie. Y por contraste con las músicas empalagosas que por todas partes se escuchaban, allí, a media voz, un radio esparcía las notas purísimas de Bach. Decididamente... (y no completó su pensamiento).

-¿Tiene usted algo bueno que ofrecerme?

-Parece que los pichones están buenos, señor.

Y la sensitiva mujer de brisa, al decir esto, como si fuera una grosería afirmarlo por sí misma, dirigía una mirada levemente angustiosa a los clientes de las otras mesas, esperando de ellos el dictamen definitivo.

Vida y ficción (1910-1959), en Obras completas, t. XXIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 72-82.

Iconografia

Fotografías tomadas de: *Alfonso Reyes. Iconografía*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional, El Colegio de México, 1989.

HOTEL
MARIA
CALLE 14
CALLE 14

Comunera. 4/Sept 1943

Agencia. Agente. 1943

a) un asunto de tipo
b) la gestión de tipo
c) el asunto y la conclusión
sobre el asunto (Gómez
en el Hotel)

a) Llegué a tiempo, solo pude salir de
del 10 p.m. a un negocio. Pasé
de tiempo a un punto más allá. Solo
tiempo que se me fue pasando. ¿Dónde
estaban de mis cosas? Tal vez
llegó al Hotel, encontré todo arreglado,
y me senté, y pasé un tiempo por
teléfono. - Observo, Embaj. - Pasé
solo un momento la obligación de
atender a la oficina de la Embajada.
No se me olvidó. De acuerdo a mis
necesidades.

b) un asunto de tipo
c) la gestión de tipo
d) la conclusión
e) el asunto y la conclusión
f) el asunto y la conclusión
g) el asunto y la conclusión
h) el asunto y la conclusión
i) el asunto y la conclusión
j) el asunto y la conclusión
k) el asunto y la conclusión
l) el asunto y la conclusión
m) el asunto y la conclusión
n) el asunto y la conclusión
o) el asunto y la conclusión
p) el asunto y la conclusión
q) el asunto y la conclusión
r) el asunto y la conclusión
s) el asunto y la conclusión
t) el asunto y la conclusión
u) el asunto y la conclusión
v) el asunto y la conclusión
w) el asunto y la conclusión
x) el asunto y la conclusión
y) el asunto y la conclusión
z) el asunto y la conclusión

Carta dirigida a su
secretaria, Águeda
Fernández de Anguiano,
Cuernavaca, 1943



Con Arnaldo Orfila y Eduardo Villaseñor, Tepoztlán, 1948



Cuernavaca, 1956



Con Jock Mahoney, durante la filmación de *The Western Story*, Tepoztlán, 1957



Cuernavaca, 1958



Fotografía de Juan Guzmán

Índice

Presentación	7
Prólogo	9
Homero en Cuernavaca	
I	
¡A Cuernavaca!	29
Homero	31
Galope de la <i>Iliada</i>	32
Tregua espontánea	33
Los exégetas	34
Materialismo histórico	36
Genealogías troyanas	37
Entreacto:	38
II	
De Agamemnon	39
Menelao y la sombra	40
Dice Hera:	41
Paris	42
De Helena	43
Paris-Alejandro	44
Llanto de Briseida	45
Hera	46
Héctor	47
Al acabar la <i>Iliada</i>	48
III	
Una metáfora	49
Tersites	50
Reflexión de Néstor	51
Instante de Glauco y Diomedes	52
Filosofía de Helena	53
La verdad de Aquiles	54

Casandra	55
De mi padre	56
De mi paráfrasis	57
Algunas prosas	
Érase un perro	61
Divagación de otoño en Cuernavaca	63
Cuernavaca	69
Iconografía	81

Homero en Cuernavaca, de Alfonso Reyes, se terminó de imprimir el 17 de mayo de 2009, 120 aniversario del natalicio del autor, en los talleres de Impresores Joaquín Cornelio Olmos Olascoaga, Cuernavaca, Morelos. Está compuesto en tipo *Bookman Old Style*. Interiores en papel Cultural ahuesado de 90 g. Portada en selección de color sobre cartulina Couché de 250 g. El tiraje es de 1000 ejemplares. Formación y cuidado de la edición: Marco Antonio Cuevas Ciceño.

